

Prólogo

DAVID BRODER

«Vamos a nacionalizar el tiempo». Jean-Luc Mélenchon no estaba haciendo el tipo de promesa política que solemos escuchar en los últimos días antes de unas elecciones parlamentarias. Si bien cabía esperar que el fundador de La France insoumise aprovechara sus últimas paradas de campaña para hacerse selfies con los candidatos y halagar sus credenciales como diputados locales, parecía estar ansioso de subir un poco la apuesta política. En un mitin en Toulouse, habló de cómo la modernidad capitalista trastorna nuestro estilo de vida e incluso nuestra noción del tiempo. «El capital», afirmó, «trabaja constantemente para dominar el largo plazo mediante su dominio del corto plazo». Alarga nuestras horas de vigilia y nos exprime cada segundo para «acumular grandes fortunas», sembrando el caos en los ciclos del mundo natural y triturando la existencia humana. Pero Mélenchon también habló a sus oyentes de un modelo económico diferente: uno «que se esfuerza por armonizar los ritmos de producción con los ritmos de la naturaleza y de la vida humana».¹ Esto tenía que ver con cuestiones políticas inmediatas como la lucha contra la reforma de las pensiones de Emmanuel Macron, que obligaría a

1 Extracto del mitin de la NUPES en Toulouse con Jean-Luc Mélenchon, el martes 14 de junio de 2022.

trabajar a los franceses hasta bien entrados los sesenta. Mélenchon abogó por una visión más amplia sobre lo que significa el cambio. Pidió una «nacionalización extraordinaria»: imponer el control colectivo no solo de la producción, sino del ritmo de la vida económica. Esto significaba un sistema de «planificación medioambiental, para reparar el mundo, no para saquearlo».

Esta retórica alcanza niveles superiores a los de la mayoría de la política electoral, tanto en Francia como en otros lugares. Las innovaciones de la campaña de Mélenchon —como la aparición en forma de holograma en múltiples mítines simultáneos— en ocasiones destilan una chispa de inspiración difícil de imaginar incluso (o especialmente) en las culturas políticas geográficamente próximas a Francia. Sin embargo, si bien Mélenchon recurre a los tonos altisonantes propios de una generación anterior de tribunos populares, en el trasfondo se esconde un enfoque político más astuto y teorizado: lo que él denomina el lento avance de una «tortuga astuta».² Se trata, en parte, de lecciones tácticas aprendidas desde que abandonó el Parti Socialiste y emprendió una trayectoria independiente en 2008. Desde entonces, Mélenchon ha luchado en tres campañas presidenciales, convirtiéndose en uno de los líderes de izquierdas más consolidados de Europa y alcanzando un 22 % de apoyo en la última contienda presidencial de 2022. El movimiento France Insoumise, comúnmente vinculado a una ola internacional de «izquierda populista» que alcanzó su cenit brevemente en el periodo posterior a la Gran Recesión, ha demostrado una verdadera capacidad de resistencia política. Pasó de contar con diecisiete diputados en 2017 a setenta y cinco en 2022. En las elecciones anticipadas del verano de 2024 —en las que obtuvo setenta y dos escaños— se erigió como la fuerza más relevante de la alianza de amplia izquierda Nouveau Front Populaire (NFP), que supo hacer frente a la ultraderechista Rassemblement National de Marine Le Pen y, para sorpresa general, se transformó en el bloque más numeroso del Parlamento.

2 Budgen, S. (2022), «Shrewd Tortoise», *Sidecar*, 21 de abril de 2022. [trad. en *Vientosur* como «Astuta tortuga»].

Frente a un Place Stalingrad extasiado, mientras se conocían los resultados definitivos en la noche del 7 de julio de 2024, Mélenchon afirmó a sus seguidores que la izquierda de otros países acudiría a Francia para aprender la fórmula del triunfo. Pero, ¿qué lecciones se pueden generalizar? Sin duda, muchos compartieron el «inmenso alivio» del que habló Mélenchon tras el resultado, celebrando tanto la unidad de la izquierda como el revés sufrido por el partido de Le Pen, que se esperaba ampliamente que ganara la elección. Los esfuerzos de los medios de comunicación y del gobierno por ensuciar el nombre de Mélenchon de la misma manera que ocurrió con el británico Jeremy Corbyn se vieron frustrados una vez más, tanto por la tenacidad de La France insoumise como por los millones de personas que acudieron a votar por ella a pesar de las ya familiares acusaciones de extremismo y simpatía por los «enemigos de Occidente». Pero la experiencia concreta de La France insoumise parece a menudo poco analizada en el extranjero, especialmente en el mundo anglófono, donde escasean las historias o estudios en profundidad. El presente libro, obra de su fundador, ciertamente no constituye un panorama exhaustivo de ese movimiento ni de su agenda inmediata. Pero, para comprender mejor el contexto político al que se relaciona este libro, la teoría que expone y el papel de ambos en la configuración de La France insoumise, resulta oportuno explicar los orígenes de este movimiento y las batallas políticas que ha librado. Este es, en cualquier caso, el objeto de esta introducción.

Resistiendo para siempre

Conocí a Jean-Luc Mélenchon por primera vez cuando ejercía como traductor en 2018. Había venido a Liverpool para visitar la conferencia laborista, reunirse con el entonces líder del partido, Jeremy Corbyn, y dirigirse al evento *The World Transformed* de Momentum. No fue solo un nuevo comienzo en mi vida profesional –fue mi primera experiencia de interpretación en vivo, en la que me esforcé por traducir tanto la presencia retórica de Mélenchon como sus palabras–, sino también una ocasión para debatir sobre el cambio en la cara

de la izquierda. Lo entrevisté para la revista *Tribune*, abordando la relación entre La France insoumise y la izquierda en Gran Bretaña y más allá. Mélenchon señaló una importante contradicción en las «nuevas» fuerzas de la izquierda. El entusiasmo detrás de partidos como el Labour de Corbyn se debía, sin duda, al agotamiento político del centro-izquierda neoliberalizado y al «desorden» que esto provocó. Sin embargo, incluso los activistas más jóvenes como nosotros, dijo Mélenchon, a menudo se remontaban a un viejo modelo de socialdemocracia, empleando para ello «el vocabulario y las ideas del siglo xx en la realidad del siglo xxi».³ Activo políticamente desde la década de 1970, Mélenchon se contaba entre aquellos activistas que habían pasado la antorcha: habían estado «resistiendo por siempre» y ahora descubrían que su «resistencia se conectaba con las aspiraciones de las generaciones más jóvenes».⁴

En ese temprano momento de su existencia, La France insoumise tendía a distanciarse de la etiqueta «izquierdista», optando por un nombre —«Francia en Rebelión»— que dispensaba de la mención explícita de clase o socialismo. Consideraba que la palabra «izquierda» estaba demasiado asociada con los desastres del presidente François Hollande, quien a mediados de la década de 2010 dismanteló importantes protecciones laborales e implementó austeridad de manera poco valiente. Además, aunque La France insoumise ha defendido durante mucho tiempo las luchas en el ámbito laboral y los movimientos sociales que en ellas se originan, no se presenta como una presencia organizada en el movimiento sindical y, de hecho, tiende a relativizar la idea socialista tradicional de la clase obrera como actor central en la transformación de la sociedad. En cambio, fusionó etiquetas recientemente acuñadas, como «el 99 por ciento», con un argot republicano francés de «la gente». Esta conexión entre referentes históricos y un modelo organizativo que se aleja de las normas del siglo xx es típica de La France insoumise, incluso cuando tiende a tender puentes con otros partidos de izquierda. La creación de un «Nuevo»

3 Broder, D. (2019), «Jean-Luc Mélenchon: “Todo el mundo debería saberlo: Soy muy peligroso”», *Tribune*, 10 de enero de 2019.

4 *Idem*.

Frente Popular en vísperas de las elecciones anticipadas de 2024 evocó claramente el antifascismo de la década de 1930. Sin embargo, incluso con el apoyo del sindicato de la Confederación General del Trabajo (CGT) a sus candidatos, el frente NFP fue mucho menos producto de partidos masivos estructurados que el Frente Popular de antaño.

Para entender la relación de La France insoumise con la tradición de izquierdas, merece la pena considerar la trayectoria de Mélenchon en el Parti Socialiste, su ruptura con sus filas y los procesos más profundos que han reconfigurado la izquierda política en las últimas décadas. Mélenchon ha sido, sin duda, un testigo crucial de estos cambios. Nacido en Tánger, en el actual Marruecos, en 1951, y de ascendencia española y siciliana, se trasladó a Francia a los once años, en 1962. Durante sus estudios de filosofía se comprometió políticamente, y en 1972 se afilió a la Organización Comunista Internacional, un grupo trotskista dirigido por Pierre Lambert. El periodo posterior a mayo del 68, que abrió una brecha en la hegemonía del Parti Communiste Français sobre el movimiento obrero de masas, aceleró tanto el ascenso de disidentes trotskistas y maoístas como la consolidación de un nuevo hegemón en la izquierda: el Parti Socialiste de François Mitterrand, fundado a principios de los años setenta. El partido de Mitterrand firmó pronto un pacto con los comunistas, la siempre inestable Unión de la Izquierda, que estableció un «Programa Común» para el gobierno. En 1976, mientras trabajaba como periodista local, Mélenchon se afilió al Parti Socialiste. Durante la siguiente década, se alineó con el ala mitterrandista del partido, apoyando la exitosa candidatura presidencial de 1981 en la que Mitterrand prometía una «ruptura» con el capitalismo basada en la coalición socialista-comunista.

Mitterrand fue el primer presidente de izquierdas de la V República y despertó muchas esperanzas. Su ceremonia de investidura en el Panteón celebró su elección como, más que un cambio de gobierno, la culminación de la promesa de la tradición revolucionaria francesa.⁵ Sin embargo, la idea de «ruptura», de poner en manos públicas

5 Véase Martigny, V. (2016), *Dire la France Culture(s) et identités nationales (1981-1995)*, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, París, pp. 107 y ss.

amplios sectores de la economía, pronto se encontró con numerosos desafíos, desde la fuga de capitales hasta la presión para recortar gastos conforme a las exigencias del Sistema Monetario Europeo. En 1983, el gobierno socialista declaró un «paréntesis» que –como insistió el Primer Ministro Pierre Mauroy– se entendía como una disminución «temporal» del celo reformista y no como un abandono de una «agenda política de izquierdas». ⁶ Sin embargo, en palabras de Mélenchon, el «paréntesis nunca se cerró» y, de hecho, en 1988 el Parti Socialiste luchó y ganó la segunda campaña presidencial de Mitterrand con un programa mucho menos ambicioso. ⁷ Si bien en Francia no se produjo un giro brusco al estilo thatcherista, las arenas políticas estaban cambiando. Ya durante el primer mandato, el Front National de Jean-Marie Le Pen –favorecido por la introducción, por parte de Mitterrand, de un sistema electoral más proporcional– dejó su impronta, logrando la elección de treinta y cinco diputados en las elecciones parlamentarias de 1986, en las que los socialistas fueron derrotados.

Mélenchon, que se convirtió en senador en 1986, permaneció en el ala mitterrandista del partido y, con el tiempo, realizó un balance matizado del historial de la izquierda en el gobierno. Aunque, sin duda –como señaló en un discurso pronunciado en el cuadragésimo aniversario de la elección de Mitterrand– se trató de una «revolución suspendida», se alcanzaron importantes logros reformistas. Entre ellos destacan medidas que posteriormente fueron revertidas por gobiernos sucesivos, como la jubilación a los sesenta años y el impuesto sobre las grandes fortunas, y cambios de carácter permanente, como la eliminación del delito penal de la homosexualidad y la abolición de la pena de muerte. ⁸ Sin embargo, el partido también enfrentó un desafío a largo plazo, especialmente debido al eclipse de las promesas iniciales de Mitterrand por la denominada «Segunda Izquierda», encabezada por Michel Rocard. Esta corriente, que a menudo mantuvo

6 «En 1983 la parenthèse», *Le Monde*, 28 de octubre de 1995.

7 Mélenchon, J.-L. (2021), «1981, la révolution suspendue», 10 de mayo de 2021, disponible en YouTube.

8 *Idem*.

relaciones conflictivas con el presidente –incluso durante la etapa de Rocard como primer ministro entre 1988 y 1991– había surgido originalmente de una crítica libertaria y «autogestionaria» a las tradiciones jacobina y marxista, pero se oponía al «Estado todopoderoso» y abogaba por un centro-izquierda liberalizado que apostara por la unificación del capitalismo europeo. Aunque Mélenchon, al igual que otros socialistas, apoyó la firma del Tratado de Maastricht en 1992,⁹ el mercado y la moneda únicos pronto se convirtieron en un punto de conflicto dentro de la izquierda francesa, evidenciándose cada vez más en su crítica al conformismo socialdemócrata frente a los dictados del mercado.

En este sentido, el referéndum sobre el Tratado Constitucional Europeo de mediados de la década de 2000 supuso un punto de inflexión. Mélenchon había sido secretario de Estado entre 2000 y 2000, ocupando la cartera de Educación profesional en un gobierno liderado por los socialistas, *durante la cohabitación* de finales de siglo con Jacques Chirac.¹⁰ Sin embargo, el Partido Socialista estaba atravesado por contradicciones respecto al proyecto europeo, en particular en lo que respecta al papel del tratado propuesto en la imposición de «liberalizaciones» en los servicios públicos y los mercados laborales de los Estados miembros. No solo el ala izquierda del partido, sino también un sector importante de su ala derecha, encabezado por Laurent Fabius, se opusieron a la ratificación en la consulta interna del Partido Socialista, que finalmente dio la victoria a la opción del Sí. En la campaña del referéndum de 2005, la línea oficial tanto de los socialistas como del partido gaullista fue apoyar la Constitución Europea, pero una minoría significativa de disidentes socialistas, junto con los comunistas y la mayor parte de la izquierda radical, respaldaron el No. Aún más sorprendente fue que el No ganó el

9 Más tarde, recordó que «los comunistas fueron más clarividentes al decir: estáis totalmente equivocados con Maastricht», y subrayó la necesidad de abandonar los tratados europeos.

10 Se refiere a la colaboración, a menudo tensa, entre un presidente y un gabinete elegido por diferentes medios y de diferentes colores políticos: en este caso, el gobierno dirigido por el socialista Lionel Jospin servía al presidente gaullista Jacques Chirac.

referéndum nacional, rechazando la Constitución por un margen de casi un 10 %. Sin embargo, los partidos dominantes lograron frustrar la decisión popular, y en 2008 impulsaron una versión ligeramente modificada del tratado a través del parlamento, sin volver a consultar a la ciudadanía.¹¹

El carácter cada vez menos democrático que adquirió el proyecto europeo se sumó al descontento de los votantes con los principales partidos de gobierno y condujo a una reordenación de la izquierda. Monde. En 2004, sin embargo, tomó una dirección más plural al fundar la asociación Pour la République Sociale. Más allá de su enfoque explícito en la *república social*, esta organización aglutinó a opositores de izquierda al Tratado Constitucional Europeo, incluidos comunistas, ecologistas y algunas fuerzas (pos)trotskistas. En ese mismo período, este sector de la izquierda radical se hizo notar en el movimiento altermundialista y en las luchas masivas contra reformas liberalizadoras del mercado laboral, como el Contrato de Primer Empleo (2006), logrando repetidamente más de un millón de votos en las elecciones. Pero la creación del Nouveau Parti Anticapitaliste a finales de la década de 2000, aunque inicialmente atrajo un núcleo militante considerable, pronto se enredó en la guerra de trincheras de los grupos de extrema izquierda y fracasó en su intento de atraer a una franja más amplia de la sociedad francesa. En su lugar, el Parti de Gauche, cofundado por Mélenchon en 2009 dentro del Frente de Izquierda junto con los comunistas y otros aliados menores, se consolidó como la principal fuerza electoral a la izquierda del Partido Socialista.

Aunque el nombre de su partido dejaba claro su posicionamiento político, Mélenchon no siempre fue reconocido como un referente indiscutible de la izquierda. En el periodo posterior a la crisis, el término «populista» se impuso en los medios de comunicación como un cajón de sastre para describir peyorativamente a figuras políticas que desafiaban el statu quo, evitando cualquier contacto con cuestiones

11 El Partido Socialista, en la oposición, presentó un proyecto de ley para convocar un referéndum de ratificación que no prosperó. Sin embargo, a pesar del fracaso de esta iniciativa, votó a favor de aprobar el Tratado en el Parlamento.

de contenido programático o posicionamiento ideológico. Este uso rutinario del término por parte de los analistas políticos, a menudo en contradicción con las definiciones académicas del populismo (ignorando así el estilo político demagógico de figuras como Emmanuel Macron), ha tenido dos aplicaciones notables en Francia.¹² La primera, para demonizar a quienes cuestionan cualquier cosa que no sea la adhesión más dogmática a los postulados neoliberales y la visión del orden mundial promovida por el Partido Demócrata estadounidense. Así, se presenta a Mélenchon como parte de una amalgama de fuerzas ilegítimas, quizás incluso más peligrosas que Marine Le Pen, con quien a menudo se le equipara.¹³ La segunda, para suavizar las críticas hacia lo que antes se denominaba extrema derecha, que no tiene inconveniente en ser retratada como la defensora de *la gente común* frente al pensamiento único de las élites. En ocasiones, Mélenchon ha desafiado a sus críticos apropiándose del término. Como declaró en una entrevista en 2010: «Ya no quiero defenderme de la acusación de populismo. La gente está harta de las élites... Estoy convocando las energías de la mayoría contra la arrogancia de las clases privilegiadas. ¿Soy populista? ¡Sí!».¹⁴

12 La bibliografía sobre el tema es demasiado extensa para resumirla aquí, pero vale la pena destacar un conjunto de trabajos, especialmente en la línea de Chantal Mouffe y el fallecido Ernesto Laclau, que han desarrollado una estrategia explícitamente «populista de izquierdas». Véase Mouffe, C. (2024), *Por un populismo de izquierdas*, Siglo XXI, Madrid. Si bien a menudo se afirma que esta perspectiva ha «inspirado» a fuerzas como Podemos y La France insoumise, la relación real parece más compleja. En el caso de Mélenchon, su pensamiento está profundamente influido por la tradición republicana francesa y un repertorio de referencias de carácter «popular», lo que matiza cualquier filiación directa con el populismo teorizado por Mouffe y Laclau.

13 Véase Joigneaux, P. (2023), «Diaboliser Mélenchon, dédiaboliser Le Pen: le jeu terriblement dangereux de Macron», *L'Insoumission*, 29 de marzo de 2023. La tendencia de los medios macronistas y de centro-derecha no solo a equiparar a Mélenchon con Le Pen, sino a sugerir que este último es más «apetecible», se intensificó tras los atentados del 7 de octubre de 2023, cuando Le Pen se puso del lado de la guerra de Israel. Véase (2024), «Stop Using Jews to Launder Image Marine Le Pen», entrevista a Simon Assoun, *Jacobin*, 4 de julio de 2024.

14 Mélenchon, J.-L. (2010), «¿Populiste, moi? J'assume!», *L'Express*, 16 de septiembre de 2010, citado en Marlière, P. (2019), «Jean-Luc Mélenchon and France Insoumise. The Manufacturing of Populism», en *The Populist Radical Left in Europe*, Routledge, Londres.

Proceso constituyente

El análisis de Mélenchon sobre los fracasos de la izquierda difiere del de muchos otros radicales que señalan los primeros años de Mitterrand como el momento en que el Partido Socialista abandonó su misión histórica y su compromiso con la clase trabajadora. Habiendo dejado el partido en plena crisis financiera, sus intervenciones comenzaron a hablar cada vez más de un agotamiento histórico de la socialdemocracia y de su visión de un capitalismo puesto al servicio de fines sociales.¹⁵ En los primeros años posteriores a 2008, bajo un gobierno de derecha, el Partido Socialista aún no había tocado fondo electoralmente y seguía proclamando su independencia frente a los dictados neoliberales. En las primarias previas a las elecciones presidenciales de 2012, François Hollande insistió en sus credenciales de izquierdas, declarando: «Mi verdadero enemigo es el mundo de las finanzas», y prometió oponerse a la austeridad. Sin embargo, tras derrotar al conservador Nicolas Sarkozy y llegar a la presidencia, Hollande se convirtió en un defensor de la austeridad, recortando los servicios públicos, rindiéndose sin reservas ante los intereses de la comunidad empresarial y respaldando la presión fiscal asfixiante sobre los Estados miembros de la UE más reticentes. En el plano internacional, optó por la intervención militar en África Occidental. Entre las medidas más emblemáticas de su gobierno, nominalmente socialista, destacó la reforma laboral de 2016, conocida como la Ley El-Khomri, que recortó las protecciones laborales con el pretexto de estimular el mercado laboral.

Al final de su primer y único mandato, Hollande era tan impopular –en un contexto también marcado por el estado de emergencia tras los atentados del 13 de noviembre de 2015 en la sala Bataclan– que decidió no presentarse a la reelección, convirtiéndose en el primer presidente francés en hacerlo. Muchos de sus aliados, incluidos destacados miembros del mundo corporativo, no tardaron en apoyar a su ministro de Economía, Emmanuel Macron, y su campaña

15 Mélenchon, J.-L. (2009), *L'Autre gauche*, Éditions Bruno Leprince, París.

fabricada desde arriba que prometía conciliar «tanto a la izquierda como a la derecha». En su primera candidatura presidencial en 2012, Mélenchon había logrado el 11 % de los votos, el mejor resultado para un candidato a la izquierda del Partido Socialista en más de tres décadas. Esto le situó en una posición favorable para articular una alternativa. La creación de La France insoumise a principios de 2016 se entendió ampliamente como un intento de construir en Francia una fuerza similar a Podemos en España, enfrentada al centroizquierda en nombre de una democracia pisoteada y de una política de solidaridad recuperada. Si bien se podrían establecer comparaciones con los movimientos insurgentes de izquierda dentro del Partido Demócrata en EE. UU. o del Partido Laborista en el Reino Unido, la gran diferencia radicaba en que La France insoumise mantenía una identidad propia e independiente, oponiéndose de manera frontal a la izquierda neoliberalizada y rechazando incluso formar alianzas municipales con ella.

En este sentido, el proyecto no se limitaba a refundar la socialdemocracia. Desde el análisis de La France insoumise, la izquierda socialdemócrata no fue simplemente arrastrada a la crisis iniciada en 2007-2008 por factores contingentes y externos, sino que representaba una fuerza históricamente agotada, aferrada a un modelo fallido de crecimiento capitalista. De hecho, si bien la comparación con figuras como Jeremy Corbyn y la intención evidente de atraer a los votantes desencantados del Partido Socialista podrían sugerir un intento de recuperar la promesa original de la socialdemocracia, esta idea requiere matices. Si bien algunos elementos de la trayectoria política de Mélenchon se vieron influidos por la tradición mitterrandiana, y él mismo evocaba a figuras fundacionales del socialismo francés como Jean Jaurès, estas referencias fueron reelaboradas profundamente a la luz de experiencias internacionales y de una nueva comprensión de los desafíos políticos del siglo XXI, mirando más allá del contexto europeo. En *¡Ahora el pueblo!*, esto se hace evidente en el esfuerzo por conectar la historia de las luchas populares –las lecciones de la Revolución Francesa– con las «revoluciones ciudadanas» de América Latina, África Occidental y, por supuesto, la Primavera Árabe de principios de la década de 2010.

Como explica el autor, esta concepción del republicanismo no se limita a la redistribución, la preocupación por los grupos marginados o un generoso Estado de bienestar, sino que pone en el centro una democracia vibrante. Parafraseando a E.P. Thompson, podríamos decir que este «pueblo» está «presente en su propia creación», ya que, a través de la acción consciente, construye una identidad compartida, un propósito común y las bases para su vida colectiva. Esta revolución se articula en tres fases, según Mélenchon: la «destituyente», la «instituyente» y la «constituyente». El término más conocido, «constituyente», como en «asamblea constituyente», da sentido a los otros dos: una revolución ciudadana derribará el orden insostenible y preexistente (fase «destituyente»), establecerá al pueblo como actor político con intereses compartidos (fase «instituyente») y, finalmente, en un proceso «constituyente», creará nuevas instituciones que profundicen masivamente la democracia participativa. Aunque La France insoumise suele compararse con otras fuerzas populistas de izquierda en Europa, sus ideas beben en gran medida de las experiencias latinoamericanas de los años 2000, en particular la Revolución Ciudadana en Ecuador bajo la presidencia de Rafael Correa, y al menos las primeras etapas de la Revolución Bolivariana en Venezuela. Mélenchon, de origen familiar español, ha citado con frecuencia a la izquierda latinoamericana como una influencia clave, aunque insiste en que no existen modelos «exportables tal cual».¹⁶

De hecho, la relevancia de este enfoque también radica en su conexión con las luchas sociales en Francia, especialmente en la medida en que estas se han distanciado de partidos nominalmente de izquierda, a menudo percibidos como ajenos o incluso, como en el caso del Partido Socialista de François Hollande, situados en el campo contrario. En *¡Ahora el pueblo!*, destaca el entusiasmo del autor por el movimiento de los *Gilets Jaunes*, que surgió a finales de 2018 como un fenómeno social descentralizado y heterogéneo, alejado de

16 «Jean-Luc Mélenchon sur le chemin des révolutions citoyennes en Amérique Latine», *L'Insoumission*, 13 de julio de 2022.

los códigos tradicionales de la izquierda o del sindicalismo.¹⁷ Como explica Mélenchon, la demanda inicial –la oposición a un aumento del impuesto sobre el combustible– no se centraba en el ámbito laboral en sí, sino en el transporte del que dependen las personas, lo que elevó de inmediato el conflicto a un plano político. El chaleco amarillo, prenda obligatoria en cualquier vehículo y uniforme habitual de trabajadores de logística y servicios mal remunerados, se convirtió en el símbolo de un movimiento compuesto por manifestantes de orígenes diversos que, al reunirse en rotondas ocupadas y alzando la tricolor, dieron forma espontáneamente a un «pueblo» que se reconoce a sí mismo en una reivindicación común.

Desde esta perspectiva, La France insoumise se concibe como una herramienta para generalizar estos procesos de aprendizaje, mediante su programa de revolución ciudadana. Esto implica la creación de estructuras que permitan florecer la democracia, a través de un proceso constituyente que aboliría la actual «monarquía presidencial» y daría lugar a una asamblea –electa o designada por sorteo– encargada de redactar una nueva Constitución. La France insoumise define esta lucha como la batalla por una Sexta República, que reemplazaría el orden vigente instaurado por el general Charles de Gaulle en el contexto de la fallida guerra colonial en Argelia. Tanto las circunstancias en que nació la Quinta República –fruto, en última instancia, de un golpe militar– como la hipertrofia del poder presidencial resultante han sido objeto de una crítica feroz por parte de La France insoumise, que ha encontrado en este tema un eje de argumentación clave durante el mandato de Emmanuel Macron. Pese a su barniz inicial de «liberal», Macron ha consolidado su poder con niveles históricamente bajos de entusiasmo y participación electoral, y ha abusado de los poderes monocráticos para imponer medidas manifestamente impopulares. Su nombramiento del conservador Michel Barnier como primer ministro en septiembre de 2024 ignoró por completo los resultados de las elecciones parlamentarias de ese

17 Para una buena reflexión sobre la relación de los sindicatos con el movimiento de los *Gilets Jaunes* y las razones de la división, véase Quijoux, M., y Gourgues, G. (2019), «There Could Be Power in a Union», *Jacobin*, 2 de enero de 2019.

verano, en las que tanto sus partidarios como la derecha tradicional perdieron escaños.

El camino más directo para impulsar un cambio constitucional sería conquistar la presidencia, lo que ha generado cierta tensión, si no una contradicción abierta, entre el objetivo de La France insoumise de descentralizar el poder y su fuerte identificación con su candidato presidencial recurrente. Mélenchon suele ser presentado como el «líder» indiscutido del movimiento que cofundó y es retratado como una *éminence grise* por figuras del centroizquierda que denuncian «su» (o, más precisamente, la de La France insoumise) impronta política en coaliciones como el Nuevo Frente Popular. En cualquier caso, resulta paradójico que se acuse a La France insoumise de un supuesto culto al liderazgo en un sistema político tan obsesionado con la figura presidencial que los propios seguidores de Macron se autodenominan «macronistas», sin identidad partidaria, programa ni tradición intelectual de referencia. No deja de ser revelador que la lista del Partido Socialista para las elecciones europeas de 2024 estuviera encabezada por un «independiente» ajeno al partido pero que ya insinúa una candidatura presidencial para 2027. Frente a este panorama, La France insoumise destaca por su compromiso con un programa claro y elaborado colectivamente, cuyo documento base, *L'Avenir en Commun*, preparado para la campaña presidencial de 2017, ha sido ampliado con cuadernillos programáticos más detallados y ha servido de referencia en los manifiestos del amplio frente de izquierda en las elecciones parlamentarias de 2022 y 2024.

Desde su creación en 2016, la apuesta de La France insoumise por una ruptura política con el centroizquierda tradicional también implicó un rechazo al modelo clásico de partido.¹⁸ Desde el principio, se definió de manera explícita como un «movimiento», aunque participara regularmente en elecciones, en lugar de un partido político tradicional. Esto ha llevado a frecuentes comparaciones con Podemos en España e incluso con el Movimiento 5 Estrellas en Italia (este

18 Para un estudio de su modelo organizativo y sus grupos de acción, véase Cervera-Marzal, M. (2021), *Le populisme de gauche - Sociologie de la France insoumise*, La Découverte, París.

último con un vínculo mucho menor con las tradiciones intelectuales y organizativas de la izquierda). Al igual que estos, La France insoumise prescindió de mecanismos como la afiliación formal, los congresos o las corrientes organizadas, que suelen ser expresiones de la vida democrática interna de los partidos de masas. Mélenchon ha descrito este modelo como una forma «gaseosa» o, podríamos decir, «distribuida», que puede compararse con la idea de un «enjambre» que se moviliza para realizar acciones esporádicas, incluyendo la participación en las elecciones, en lugar de una estructura de partido al uso. Sin embargo, aunque no cuenta con una base militante tan profunda como la de los antiguos partidos obreros, especialmente aquellos arraigados en la gestión municipal, es evidente que La France insoumise ha experimentado un notable desarrollo organizativo a lo largo de su existencia.

Prueba de ello son las diversas estructuras creadas para dotar a La France insoumise de mayor solidez, desde sus grupos de acción hasta la consolidación de una presencia territorial permanente, en especial en las localidades donde cuenta con representantes electos. Aunque el mapa político francés actual muestra una clara diferencia entre la política municipal (donde los viejos partidos socialista y gaullista siguen teniendo más fuerza) y unas elecciones presidenciales más volátiles, sería un error acusar a La France insoumise de centrarse exclusivamente en estas últimas. Su trabajo parlamentario es prueba de ello.¹⁹ Órganos como el Parlamento de la Unión Popular —una estructura creada en el marco de la campaña presidencial de Mélenchon en 2022, que reunió a 400 activistas, expertos e intelectuales— y

19 Se informó que, durante la legislatura 2017-2022, los diecisiete diputados de La France insoumise en la Asamblea Nacional redactaron 60 000 enmiendas, una cifra muy superior a la de otros grupos parlamentarios. Véase (2022), «El partido de extrema izquierda de Mélenchon: cinco años de oposición en la Asamblea Nacional», *France 24*, 4 de junio de 2022, donde se cita a la presidenta de su grupo, Mathilde Panot: «Nuestro objetivo era simple: ser la principal fuerza de oposición y la primera en hacer propuestas. Queríamos combatir al Gobierno mientras llevábamos a la Asamblea Nacional las diversas luchas sociales del país y, al mismo tiempo, asegurarnos de presentar una alternativa concreta, transformando nuestro programa en propuestas legislativas. Por ejemplo, somos el único grupo que presentó cada año un contrapresupuesto y un plan de contragestión para la COVID-19».

el Instituto La Boétie, del que Mélenchon es presidente desde que dejó el Parlamento en 2022, dan cuenta del desarrollo programático del movimiento en temas que van desde la política energética hasta la colonización capitalista del espacio. Como señala el historiador Roger Martelli, esto refleja un rasgo distintivo de la cultura de La France Insoumise: el «auténtico deseo de Mélenchon de dotar su acción política de un fundamento intelectual contrasta con otros líderes de izquierda, en los que esta dimensión prácticamente ha desaparecido».²⁰

El «pueblo» en cuestión

Pero, ¿quién es ese «pueblo» del que hablan *¡Ahora el pueblo!* y su antecesor *L'Ère du Peuple*? No se trata, desde luego, de «todo el mundo» o de la humanidad en abstracto, aunque su acción política se oriente hacia los intereses de la mayoría. Aun así, sería impreciso traducir *le peuple* como «clase trabajadora», ya que esto introduciría subrepticamente una asociación marxista o laborista entre la identidad política y el ámbito laboral. El término francés *classes populaires* incluye a esa «clase trabajadora», pero se extiende más allá del proletariado industrial propiamente dicho; implica una división de la sociedad en clases con intereses en conflicto. La elección de la palabra «pueblo» tiene una dimensión conflictiva similar, pero también se diferencia en cierto modo de «clases populares»: parece más amplia, más relacionada con la creación de un nuevo orden global, y más arraigada en un vocabulario de la existencia de la humanidad como especie en armonía y a veces en desarmonía con la naturaleza. La elección del término «el pueblo» conserva ese matiz de confrontación, pero también se diferencia de «clases populares»: es a la vez más amplio —remite a la construcción de un nuevo orden global— y más enraizado en un vocabulario que concibe la humanidad en relación, armoniosa o conflictiva, con la naturaleza. Tiene un componente de clase en la medida en que excluye

20 Roger Martelli, citado en Ducange, J.-N. (2018), «Les Adieux à Gauche de Jean-Luc Mélenchon», *La Revue du crieur*, 2018/9, p. 56.

a las minorías oligárquicas: se asemeja a la célebre formulación de David Graeber del 99 % contra el 1 %. Al mismo tiempo, está arraigado en una concepción republicana de la movilización democrática colectiva, vinculada a las tradiciones de 1789 y 1793.

La France insoumise recurre con frecuencia a este lenguaje para referirse a su base social. Por ejemplo, la noche de las elecciones presidenciales de 2022, en las que Mélenchon obtuvo el 22 % de los votos –quedando a poca distancia de Le Pen para acceder a la segunda vuelta–, insistió en que la resistencia al próximo presidente se apoyaría en las conquistas reales de luchas recientes, en una «inmensa fuerza popular que ustedes [los simpatizantes] han construido». Los representantes de La France insoumise suelen citar el análisis de Bruno Amable y Stefano Palombarini, según el cual el electorado de Macron constituye un «bloque burgués» que agrupa a las clases media y alta con antiguas filiaciones de centroizquierda y centroderecha.²¹ Sin embargo, este bloque no tiene, al menos por ahora, un contrapunto unificado en forma de un solo «bloque popular». En su lugar, la oposición se compone de un campo «nacional-soberanista» encabezado por el partido de Le Pen, con especial éxito en las zonas de bajos ingresos de la Francia periférica (aunque con una creciente presencia de sectores medios)²², y un «bloque popular de izquierda», más fuerte en áreas de bajos ingresos pero predominantemente urbanas.²³ En momentos como la revuelta de los *gilets jaunes*, La France insoumise ha tratado de ir más allá de las ciudades y subrayar demandas populares compartidas, como la ampliación de los servicios públicos.

21 En inglés, Amable, B., y Palombarini, S. (2021), *The Last Neoliberal: Macron and the Origins of France's Political Crisis*, Verso Books, Londres.

22 Sobre las divisiones en el voto «obrero» y «popular» en Francia en una época de precariedad –con referencia específica a la mayor fuerza de Le Pen entre los votantes más estables económicamente y con un bajo nivel educativo–, véase Le Lann, Y. (2024), «Classes populaires, marchandisation du travail et vote RN», en Ugo Palheta, ed., *Extrême droite: la résistible ascension*, Éditions Amsterdam, París.

23 Según el análisis electoral en profundidad de Cagé, J., y Piketty, T. (2023), *Une histoire du conflit politique Élections et inégalités sociales en France, 1789–2022*, Seuil, París.

Algunos análisis superficiales interpretan esta idea republicana del interés común como un llamado a la solidaridad «nacional». Tanto en los medios liberales como en ciertos sectores de la izquierda, el uso que hace La France insoumise de banderas tricolores y del canto de la Marsellesa en sus mítines se presenta a menudo como una muestra inequívoca de nacionalismo. Paradójicamente, esta imagen choca con la representación dominante del movimiento en el panorama mediático y político francés, donde los ministros macronistas y la prensa sensacionalista de extrema derecha lo califican rutinariamente de fuerza «islamo-izquierdista» y «comunitarista musulmana». Según esta visión, el simple hecho de reconocer la realidad de la islamofobia equivaldría a ceder ante el sectarismo étnico-religioso, poniendo en riesgo los cimientos de la República. En este caso, las referencias de Mélenchon a la tradición jacobina y revolucionaria no se interpretan como una reivindicación de las raíces francesas de su movimiento, sino como la prueba de un supuesto espíritu totalitario, alineado con los enemigos de Occidente. Lo que estos intentos rivales de demonización comparten, más allá de sus diferencias políticas, es una concepción del afrancesamiento como algo estático y exclusivo. Sin embargo, el discurso de La France insoumise sobre el «pueblo» y, en relación con él, su republicanismo, se orienta claramente hacia una identidad maleable, construida sobre premisas universalistas. Esto se ilustra bien con una noción clave que aparece en la conclusión de este libro: la criollización.

El término fue acuñado por el poeta martiniqués Édouard Glissant en referencia al ámbito de la producción cultural.²⁴ La criollización hace alusión al criollo, es decir, a la lengua original y mestiza creada por los esclavos en el Caribe colonizado por los franceses. En la visión de Glissant, se trata de un proceso más o menos espontáneo de encuentro entre distintos grupos humanos o, como escribe Mélenchon, de la «preparación de una matriz común a partir de la cual construir». Frente a las ideas de «integración» o «asimilación» dentro de una cultura francesa concebida como estática, la criollización aporta

24 Sobre este tema en Mélenchon, véase Broder, D. (2023), «Cheese, Baguettes, and Victor Hugo», *Jacobin*, 15 de febrero de 2023.

«el eslabón perdido entre la voluntad de universalismo y la afirmación del derecho a la diferencia». En *¡Ahora el pueblo!*, aprendemos que el «pueblo» no es solo una suma de individuos reunidos al azar en un mismo lugar, sino una comunidad que, a partir de condiciones de existencia compartidas, toma conciencia de sí misma y sienta las bases de su vida democrática. En el proyecto republicano de Mélenchon, los principios de la Revolución Francesa –o al menos sus momentos cumbre– enuncian premisas universalistas que aún deben realizarse en la práctica a través de la libre asociación de los seres humanos. El republicanismo que defiende La France Insoumise encarna precisamente esta visión de una comunidad cívica en constante recreación, abierta a todas las influencias culturales, pero dentro de un marco igualitario y democrático compartido.

Capaz de reivindicar precedentes revolucionarios como el del senegalés Jean-Baptiste Belley –un antiguo esclavo que se convirtió en diputado de la Convención Nacional en 1793–, esta defensa de una concepción abierta de la francofonía es más que una narración evocadora del pasado: es una respuesta urgente a la creciente obsesión con la identidad nacional –y su supuesta subversión– en la Francia contemporánea. La propagación desenfrenada de discursos sobre la «invasión» de inmigrantes y la «islamización» del país, como la «Teoría del Gran Reemplazo» acuñada por el conspiracionista Renaud Camus, difundida por comentaristas reaccionarios como Éric Zemmour y adoptada por políticos gaullistas del establishment, es solo un ejemplo de ello. Si incluso un ministro del Interior macronista puede acusar a Le Pen de ser «blanda con el islam» y figuras del centroizquierda denuncian cualquier forma de politización del antirracismo como prueba del peligroso «comunitarismo» de las minorías, está claro que la República no está en paz con sus propios ciudadanos. El asesinato de Nahel Merzouk, un joven de diecisiete años abatido por la policía en 2023, y la firme negativa de La France insoumise a reducir la respuesta en los suburbios marginalizados a un mero acto de «violencia» sin sentido –insistiendo, en cambio, en verla como una «revuelta» contra la injusticia–, ilustran su defensa de aquellos que siguen siendo ciudadanos de segunda clase en Francia: las poblaciones etiquetadas como «producto de la inmigración» incluso cuando sus padres ya nacieron en el país.

Mientras cerrábamos la edición de esta traducción, Emmanuel Macron nombró un gobierno conservador cuya supervivencia depende del favor de Le Pen, con la promesa de «restablecer el orden» en materia de inmigración, aun a costa de socavar el Estado de derecho.²⁵ Así las cosas, parecería que el «frente republicano» de la Francia actual se dirige más contra Jean-Luc Mélenchon que contra los herederos de Vichy. Sin embargo, pese a haber sido descartada una y otra vez, La France insoumise sostiene que la historia no está escrita de antemano. Defiende que la herencia republicana y revolucionaria no es solo un poderoso recuerdo, sino una fuerza viva que se reactualiza en el presente a través de las luchas populares, ofreciendo una alternativa real a la deriva hacia la extrema derecha. Más que limitarse a resistir a sus enemigos reaccionarios, en *¡Ahora el pueblo!* Mélenchon teoriza sobre por qué las poblaciones cada vez más urbanizadas de hoy —conectadas por las mismas cadenas de abastecimiento, líneas ferroviarias y redes de fibra óptica— tienen una base material para unir fuerzas y enfrentar juntas las amenazas que pesan sobre sus condiciones de vida. En sus palabras, los militantes de La France insoumise han asumido la modesta tarea de cambiar la historia del mundo, con la inmensa mayoría de la humanidad a su lado.

25 Lejeune, G. (2024), «Bruno Retailleau au JDD: “Il faut renverser la table en mémoire de Philippe”», *Le Journal du Dimanche*, 30 de septiembre de 2024.